
Fátima Djarra Sani

Gorka Moreno

Indomable

De la mutilación a la vida



Indomable

Fátima Djarra Sani

Gorka Moreno

De la mutilación a la vida

ediciones península

© Fátima Djarra Sani y Gorka Moreno Arratibel, 2015

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio de 2015

Las imágenes del pliego, excepto aquellas en las que figura el crédito correspondiente, pertenecen al archivo personal de la autora

La autora ha tratado de reproducir con el mayor rigor posible el contenido exacto de las conversaciones que aparecen en el libro. Pese a ello, algunas de las afirmaciones atribuidas a ella o a terceras personas podrían variar ligeramente respecto a los términos reales en los que se produjeron.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U., 2015

Ediciones Península,
Pedro i Pons, 9-11, 11.ª pta.
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REINBOOK - impresión
DEPÓSITO LEGAL: b.I.O.772-2015
ISBN: 978-84-9942-425-5

ÍNDICE

Introducción	11
1. En tierra de <i>na</i>	27
2. Cincuenta en casa	35
3. Las mujeres valientes no lloran	41
4. La soledad	47
5. El bosque	55
6. El despertar	63
7. La primera vez	69
8. En tierra del Comandante	73
9. Romeo y Julieta	89
10. En ruinas	99
11. La carretera	109
12. Asier	121
13. La causa	131
14. Madre, tía y abuela	143
15. El premio	153
16. El encontronazo	161
17. El protocolo	169
18. La confesión	175
Agradecimientos	193
Bibliografía	195

EN TIERRA DE NA

Nunca me adentré en la selva donde ella dio sus primeros pasos, donde modeló sus sueños antes de que la pertinacia de los adultos los devorase sin compasión. Pero aunque no me hizo partícipe de las penurias que la privaron de la felicidad, debía hacer justicia con quien me transmitió el coraje necesario para sobreponerme a cada latigazo de la vida.

Para los demás era Quinta Alexandre Almeida; para mí, *na*, «mamá» en mandinga. Nació el 24 de septiembre de 1947 en la región sureña de Catió, un vergel donde los mangos y los cocoteros crecen salvajes, los críos juegan desnudos con cachivaches oxidados, las mujeres exhiben sus pechos y la humedad anega el alma de los lugareños.

Pertenecía a una familia animista de la etnia pepel, que subsistía con cierta holgura en Nhala, un pueblo de unos mil habitantes, gracias a un huerto donde mis abuelos plantaban arroz y yuca. Tuve que alcanzar la madurez para apreciar el poso que había dejado en mí y descifrar el porqué de ciertas decisiones que de niña se me antojaban arbitrarias y equívocas. Ahora sé que nadie muere hasta que se le olvida.

De semblante circunspecto, nariz desmochada y fornidos brazos, se balanceaba como un péndulo al caminar debido a sus más de ochenta kilos. Tenía tres hermanos de dos madres distintas, ya que su padre, Alexandre, se divorció de mi abuela, Isabel Borge. Pero él no ejercía la poligamia.

En aquella época, los colonizadores portugueses obligaban a los guineanos a registrar a sus hijos con nombres y apellidos de la metrópoli, a pesar de que no más del 15 por ciento hablaba su lengua. El criollo, más fácil de asimilar, le había ganado terreno.

Aunque no constara oficialmente, mis compatriotas también solían tener una identidad africana. Debido a mi pésima memoria, olvidé los nombres portugueses de algunos familiares y, de otros, olvidé los guineanos. La interculturalidad se pone de manifiesto en detalles como éste.

Ella no pudo estudiar. Tras la ruptura de mis abuelos, se había centrado en echar un capote a su madre. Pero siempre hubo un espíritu inconformista acurrucado tras sus prolongados silencios y sus concisas explicaciones.

Por eso quiso alistarse con las tropas rebeldes que lograrían la independencia de Guinea-Bissau en 1973, reconocida por la ONU antes incluso del derrocamiento del dictador Antonio Salazar.

Aunque Portugal no hizo lo propio hasta un año después, mi país fue la primera colonia lusa que se emancipó. El proceso había comenzado en 1956 con la fundación del Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGC), de corte socialista, por parte de Amílcar Cabral. Agentes secretos portugueses lo asesinaron en Guinea-Conakry en 1973. Su hermano Luiz lo sucedió como máximo dirigente del PAIGC.

Na tenía veinte años cuando surgió la posibilidad de liberar a nuestra nación. Miles de mujeres se enrolaron, a pesar de que su sociedad las relegaba a un segundo plano. Algunas empuñaron fusiles; otras ejercieron como enfermeras, cocineras, encargadas de suministros...

Antes de partir junto a varias amigas hacia Mato, la región selvática donde se habían atrincherado los rebeldes, mi madre viajó a la capital para comprar víveres, jabón y aceite. Decidió instalarse por unos días en casa de sus abuelos, Alexandre y Sábado, y de su tía Famata. Preocupada por el riesgo que iba a asumir, una hermana de su abuela le propuso que se olvidara de la guerra.

—¿Por qué no te formas, como están haciendo algunas de tus primas?

—¡Me encantaría! —exclamó *na* entusiasmada.

Llevaba más de diez años esperando escuchar aquellas palabras. Pero Famata le dejó bien claro que no le permitiría matricularse en la escuela.

—¡Ni hablar! ¡Eres demasiado mayor!

Nadie se enfrentó a Famata, a la que habían practicado la ablación y se había convertido al islam para casarse con un mandinga. *Na* se derrumbó. Lloraba a solas, impotente, buscando en vano un pretexto que revirtiera la situación. Porque en África nos enseñan a respetar la voluntad de los mayores, aunque no sean nuestros padres. Ella no nos contó lo que pasó por su cabeza durante aquellas lóbregas horas, pero sí nos confesó a mis hermanas y a mí que aspiraba a darnos una vida digna y una educación. Hay sentimientos que no entienden de razas ni de culturas. Porque toda madre busca para sus hijos lo que ella no tuvo. Por matices como éste sigo convencida de que no existen tantas diferencias entre africanos y occidentales como nos hacen creer.

Mientras mis abuelos permanecían ajenos al calvario que *na* estaba sufriendo, en pocos días Famata concertó el enlace de ésta con Braima Sani, unos veinte años mayor que ella, mandinga, musulmán y defensor de la poligamia y la mutilación genital. Había tenido seis hijos con Fatumata: Djilan, que falleció por problemas de estómago y a la que obligó a unirse en matrimonio con un primo carnal suyo; Cadí, que ahora tiene unos sesenta años; Binta, que murió de hepatitis a los treinta; Bacar, que ha rebasado el umbral de los cincuenta; y dos varones más que perdieron la vida de críos. Tiempo atrás, Braima se había separado de otra mujer debido a su esterilidad.

Él vivía en el barrio de Amedalai, el mismo que mis bisabuelos y de mayoría mandinga. Ahora las etnias están bastante mezcladas en Bissau, pero entonces cada una se asentaba por regla general en una zona concreta de la ciudad. Eso sí, todas tenían algo en común: la pobreza.

Había nacido en Cabuca, una aldea de unos quinientos habitantes situada en la comunidad de Gabú. Pertenecía a una familia muy cerrada y tradicional. Su padre, Bacar, se dedicaba a la pesca y había engendrado seis hijos con Djilan, aunque ambos se hicieron cargo de varios sobrinos más tras la muerte de algunos de sus hermanos. Djilan no tenía un nombre portugués porque no contaba con una partida de nacimiento.

Braima siguió la estela de su progenitor. Primero trabajó en pequeñas embarcaciones, luego como marinero del Estado... Pero la mayor parte de su vida se dedicó a capturar cocodrilos desde esquifes a motor de nueve o diez metros de eslora. Los portugueses demandaban las pieles para fabricar zapatos, bolsos, cinturones...

Apresaba los ejemplares con arpones, no con rifles como en Estados Unidos. Y ganaba lo suficiente para sustentar a los suyos. Mientras sus sobrinos retornaban a puerto cada semana, él pasaba meses enteros navegando por el magno estuario del río Geba, que desemboca en el Atlántico, y las 88 islas que conforman el archipiélago de las Bijagós, declarado Reserva Mundial de la Biosfera por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) en 1996.

Varado en la esquina oeste del continente, el archipiélago, aún prístino e indiferente al progreso, acoge amplias poblaciones de hipopótamos, adaptadas al agua salada que baña sus manglares y lagunas; manatíes; delfines mulares y jorobados; tortugas marinas de cinco especies; aves migratorias; monos verdes y de nariz blanca; antílopes jeroglíficos; varanos; serpientes... Ojalá las grandes cadenas hoteleras y los cárteles suramericanos de la droga, que usan la ruta africana para introducir la cocaína en Europa, no profanen tan preciado santuario natural.

El oficio de Braima no estaba exento de peligros. En una ocasión, un arpón le atravesó un pie y lo dejó malherido. Pero medía más de un metro ochenta y era muy corpulento, y muy negro. Imponía mucho. Hasta las palmas de sus manos rezumaban oscuridad.

Enseguida se encaprichó de *na*. Deseaba una segunda esposa que le diera más descendencia porque la primera sobrepasaba con creces los cuarenta. Pero *na* se oponía al matrimonio, entre otros motivos porque la hija mayor de su pretendiente superaba los veinte, como ella. Él no le gustaba nada. Nunca supe su verdadera edad, pero cuando nací ya tenía el pelo cano y fungoso como una bola

de algodón recién cogida de la planta. Para mí jamás fue Braima Sani, sino *baba* —papá—.

En Occidente critican a los africanos por traer hijos a este mundo sin control, pero en mi cultura los niños reflejan la perpetuidad de la estirpe y la prosperidad de la familia. No les preocupa si contarán con los recursos necesarios para alimentarlos, ni que los gastos que generen excedan a los ingresos que pueden percibir gracias a su esfuerzo o en forma de dote, como sucede con las hijas.

Mi madre no tuvo opción de eludir la boda. Es más, varios policías la trasladaron a la comisaría más cercana y le propinaron una paliza por encararse con Famata. Así que no le quedó otra alternativa que someterse a la ablación, creo que de primer o segundo tipo. En mi vigésimo primer cumpleaños, le sonsaqué que la herida tardó en cicatrizar y que no quería lo mismo para nosotras. Pero como la mayoría, no charlaba abiertamente sobre la mutilación genital y el sexo, de manera que no se explayó demasiado.

El compromiso se selló sin que lo supieran sus padres, que entonces vivían a varias horas de Bissau en canoa. Primero se convocó una reunión entre las dos familias. En este caso, la de *baba* y la tía y los abuelos de *na*. Los cónyuges no acudieron.

Los padres de *baba* llevaron nuez de cola, un fruto sagrado que nace de un árbol perteneciente a la familia de las malváceas, con un alto contenido de cafeína, de aspecto similar a las castañas y que encarna el acuerdo y la pedida de mano; así como hilo, una aguja, sal y una esterilla, que representan las tareas de la casa, la cocina y el lecho de la pareja.

Rompieron la nuez de cola en pequeños fragmentos, que repartieron como símbolo del inminente casamiento. Ignoro si en el encuentro participó un imán o algún

líder tradicional de la comunidad como testigo. Mi madre, además, cumplía uno de los requisitos fundamentales para consumir el matrimonio: ser virgen. Poco a poco, esta costumbre ha variado. Y, obviamente, no se considera necesaria en las mujeres divorciadas o viudas.

Ambas familias acordaron la dote que entregarían los allegados del marido, así como combinar el ritual mandinga con el pepel. Pero ni siquiera la acompañaron sus padres en la ceremonia, sino sus abuelos y su tía. No se lo comunicaron porque no había teléfonos ni correo.

El día de la boda, varias ancianas escoltaron a mi madre hasta el río, la ducharon, la vistieron de blanco y le colocaron una diadema roja —habría sido negra de haber mantenido relaciones sexuales con anterioridad—. Acto seguido, la condujeron a casa de *baba*, donde le azotaron en la espalda para que obedeciera a su esposo. Algunas lo hicieron con más brío que otras. Eso ya dependía del corazón de cada una...

Na y *baba* irrumpieron en el patio bailando al ritmo de los *djembés* y con una calabaza en la mano, que debían transferirse el uno al otro. Pero para oficializar la unión, faltaba degustar el *cubamba*, un plato tradicional a base de arroz, leche, azúcar y aceite de palma.

Antes de probarlo, los invitados esperaron a ver cuál de los cónyuges introducía primero la mano en el cuenco. En teoría, quien lo consiguiera mandaría en casa. Y el sexo del primer hijo vendría determinado por ese gesto. Desconozco si mi madre se adelantó, porque yo soy la mayor de mis hermanos, pero no tengo ninguna duda de que no capitaneaba aquella relación.

Ya por la tarde, un imán presidió el himeneo mandinga, en el que un integrante de cada familia habló sobre la

importancia del matrimonio. Nuevamente se recurrió a un plato típico para sellar el ritual: el *piesdentro*. Primero se pone una capa de arroz en un cuenco de calabaza; luego, un pollo frito, en cuyo interior se introducen las patas del animal; después se recubre todo con arroz otra vez; y, finalmente, se coloca un segundo pollo con sus patas entre las tripas. Nadie puede tocar la comida hasta que las viejas dan su visto bueno.

Dos o tres horas antes del amanecer, guiaron a la novia hacia el dormitorio de *baba*, donde éste la esperaba ansioso. Me hubiera gustado saber qué sintió mi madre cuando mi padre la penetró. Pero únicamente constaté que, durante el coito, él utilizó un pañuelo para acreditar la virginidad de *na*. Y que en torno a las cinco de la mañana, *baba* devolvió aquel trozo de tela manchado de sangre a las ancianas. Al alba, éstas recorrieron las calles del barrio cantando y bailando, enseñándolo a vecinos y curiosos. Si mi madre les hubiera engañado, su familia habría recibido el pañuelo limpio en señal de vergüenza.

La semana siguiente, se encerró en casa de *baba* para recibir las visitas de sus amigas y familiares, que le enseñaron a comportarse como una buena esposa, a ejercer como madre y a respetar a la primera mujer de su marido como a una hermana mayor.

Y, un mes más tarde, se quedó embarazada de mí. Dio a luz el 29 de septiembre de 1968. Después llegaron mis hermanas Cadí, de cuarenta y dos años, y Muscuta, de treinta y nueve. Entre medio, *na* perdió a una cuarta niña. Pero no tramitó el libro de familia hasta que Guinea-Bissau se independizó. Así pudo incluir mi nombre nativo, Djarra, junto al de Fátima.